

»Todo lo bueno que pudiera hacer no
»serviria, á no ser por vuestra gracia,
»para reparar la más pequeña de mis
»culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi
»divino Dueño; arrojadme en una pri-
»sion, consiento en ello, con tal que sea
»en la de vuestro Corazon Sagrado. Y
»cuando allí estuviere, tenedme bien
»cautiva y sujeta con las cadenas de
»vuestro amor, hasta que os haya pa-
»gado todo cuanto os debo; y como
»no podré hacerlo nunca, tampoco de-
»seo salir de ella jamás.»

*Seria de desear que Margarita hu-
biera continuado escribiendo todas las
visiones y luces recibidas durante estos
cuarenta dias dedicados al retiro inte-
rior para prepararse á la muerte, prue-
ba segura de que lo sabia; pero nos ve-
mos privados de este consuelo. No prosi-
guió por no ser demasiado larga, como
ella misma nos dice.*



X

SANTA MUERTE DE MARGARITA MARÍA



X

QUINANDO á grandes pasos á la perfeccion, llegó muy pronto esta venerable Hermana, á juicio de los que conocian su interior, á una grande santidad. Estaba, hacia ya algunos años, tan estrechamente unida con Dios, que muy rara vez el sueño interrumpia su continuo pensar en Él, ó mejor diremos que este pensamiento interrumpia casi continuamente su sueño. No habia ocupacion capaz de distraerla; su corazon es-

taba cerrado para todo lo de la tierra y aún para ella misma; su único sufrimiento era el no sufrir más, y la tranquilidad de que gozaba, era á sus ojos como un castigo de Dios. Oigamos cuanto acerca de esto escribe á su Director:

«No sé, mi Reverendo Padre, qué
 »debo pensar del estado, en que ahora
 »me encuentro. He tenido hasta aquí
 »tres deseos tan ardientes, que los mi-
 »raba como tres tiranos, que me hi-
 »cieran padecer un martirio continuo,
 »sin darme un sólo momento de repo-
 »so. Eran estos tres deseos; amar con
 »perfeccion á Jesucristo, sufrir mucho
 »por amarle y morir entre los ardores
 »de su mismo amor. Mas al presente
 »me hallo en tal ausencia de todo de-
 »seo, que me admiro. Temo que esta
 »pretendida calma no sea un efecto de
 »aquella tranquilidad, en la cual deja
 »Dios en ocasiones á las almas infie-
 »les; recelo que, por mis grandes infi-

»delidades á sus gracias, he atraído so-
 »bre mí tal estado, que puede ser una
 »señal de reprobacion. Pues confieso
 »no serme posible querer cosa alguna,
 »ni desear nada en el mundo, áun cuan-
 »do veo que en materia de virtud me
 »falta todo. Querria á veces afligirme
 »por esto, mas no puedo: no está en
 »mí el obrar á mi gusto. Solamen-
 »te siento una perfecta conformidad
 »con la voluntad de Dios, y un placer
 »inefable en los sufrimientos. El pen-
 »samiento, que de tiempo en tiempo
 »me consuela, es que el Sagrado Co-
 »razon, si le dejo hacer, todo lo hará
 »por mí: querrá, amará, deseará por
 »mí y suplirá todos mis defectos.»

*A este estado de perfeccion habia lle-
 gado, cuando plugo á nuestro Señor lle-
 varla consigo. Con razon creemos que,
 cumplidos ya felizmente los grandes
 designios de Dios sobre esta su fiel es-
 posa, quiso el Señor poner el colmo á
 tantos favores. Cuanto más se aproxi-*

maba á su fin, más estrechamente se unia con Dios. No perdía ocasion de mortificarse. Pocos días ántes de su última enfermedad no quiso probar las uvas en la vendimia, y para hacer más perfecto el sacrificio, pidió ántes la debida licencia. Ni una palabra hubiera salido de sus labios sobre esto, si no se hubiese notado. Era fidelísima en seguir las inspiraciones divinas, y tan completa victoria habia obtenido sobre todos sus apetitos, que todo lo encontraba demasiado bueno para ella. Jamás demostró repugnancia en tomar cosa alguna, áun los más amargos remedios; ni despues de tomarlos quiso enjuagarse la boca para conservar por más tiempo su amargor.

Si tan rigida fué consigo misma en medio de sus frecuentes enfermedades, lo seria mucho más en plena salud, como es fácil comprenderlo, pudiendo con verdad afirmarse que pasó toda su vida en una constante y generosa mortificación.

La profunda humildad, su virtud dominante, el perfecto amor de Dios, y aquel fervor de que estaba inflamado su pecho, la movian incesantemente á la práctica de los actos, que forman el carácter distintivo de nuestra Beata. Su vida entera fué una no interrumpida série de sufrimientos, humillaciones y desprecios. Puede decirse que amó á Dios desde el instante en que fué capaz de conocerle; y si son objeto de nuestra admiracion los extraordinarios favores recibidos de su divino Maestro, no deben serlo ménos la fidelidad con que supo corresponder á ellos y la perseverancia en el vencimiento de la naturaleza por medio de una abnegacion total. No cejó un instante en la práctica de las perfectas y sólidas virtudes, y murió en actual ejercicio del puro amor.

Comenzó á sentirse mal la tarde misma, en que se disponia á entrar en su retiro. Preguntándola una Hermana si podria empezarle, respondió: «Sí, pero

«este será el gran retiro.» Estuvo en cama sólo nueve días ántes de su muerte, y empleó este tiempo en prepararse á la venida del Esposo, aunque no parecia grave la enfermedad. Llamaron al Dr. Billet, antiguo médico de la casa, quien la tenia en grande estimacion y muchas veces habia confesado sinceramente que para las enfermedades de Margarita ocasionadas por el amor divino, ni encontraba, ni habia remedio alguno. Examinó el mal de que se quejaba la enferma, y aseguró no ser de importancia. Más aún, el mismo día de su muerte afirmó de nuevo que no habia ni siquiera apariencia de semejante desenlace. Ella, sin embargo, insistió siempre en decir que moriria.

Tal era su seguridad, que pidió con mucha instancia el Santo Viático, y habiéndola dicho que no se juzgaba oportuno, pidió la dejasen al ménos comulgar, pues estaba en ayunas. Accedieron á su peticion y recibió el Santísi-

mo Sacramento, en forma de Viático por su parte, sabiendo que le recibia por última vez.

¿Cómo describir el fervor de su espíritu en este acto, ni dónde hallar palabras bastante expresivas para ello? Baste decir que fué la suma expresion del amor ardiente de toda su vida á su Maestro divino en tan adorable misterio.

Conoció una de las Hermanas que la enferma sufría extraordinariamente, y se ofreció á procurarle algun alivio; pero Margarita, dándole las gracias, contestó que eran demasiado preciosos los cortos instantes de su vida para dejar de aprovecharlos; que en verdad sufría mucho, mas no lo bastante todavía para satisfacer sus deseos. Tales eran los atractivos que hallaba en el padecer, tal el contento que sentia viviendo y muriendo en la cruz, tales las delicias que en ella gustaba, que á pesar de ser ardentísima su ansia de gozar de Dios,

lo era más todavía la de permanecer como estaba, hasta el día del juicio universal, si esta fuese la voluntad divina.

Ponia en admiración á cuantas visitaban á la enferma, aquel gozo extraordinario, ocasionado por el pensamiento de la muerte. Mas plugo al Señor interrumpir por algun tiempo la abundancia de dulzuras interiores, de que la inundaba, inspirándola tan gran temor de su justicia, que se vió súbitamente atacada de extraordinarios espantos á la vista de los terribles juicios de Dios.

Por esta vía quiso el mismo Señor purificar alma tan santa: veíasela temblar, humillarse, abismarse ante su crucifijo: se la oía repetir entre profundos suspiros: «Misericordia, Dios mio, misericordia.» Pero duró poco tiempo la lucha; muy pronto se disiparon sus temores, y en su espíritu renació la completa calma y la seguridad grande de su salvación; el gozo y la tranquilidad se pintaron de nuevo en su semblante,

y exclamó: «Misericordias Domini in aeternum cantabo.» Y más de una vez: «¡Qué puedo querer en el cielo y desear sobre la tierra sino á vos solo, Dios mio!»

Era tal la opresión de su pecho, que no podía permanecer en la cama, y era preciso sostenerla para que pudiera respirar. Repetía con frecuencia: «¡Ay de mí! me abraso, me abraso. Si fuera de amor divino, qué consuelo; pero ¡já más he sabido amar con amor perfecto á mi Dios.» Y dirigiéndose á las que la sostenían dijo: «Pedidle perdón por mí y amadle con todo vuestro corazón para reparar todos los instantes en que yo no lo hice. ¡Qué dicha la de amar á Dios! ¡Ah qué dicha! Amad, pues, á este amor; pero amadle con amor perfecto.» Tan fuera de sí lo decía, que se manifestaba bien á las claras tener su corazón penetrado enteramente por este fuego divino. Habló en seguida largamente del exceso de amor

de Dios á las criaturas y de lo poco que recibia de estas en retorno, y preguntó si aún viviria mucho; diciéndole que segun el parecer del médico no moriria de aquella enfermedad, exclamó: «¡Ah, Señor, cuándo me sacareis, pues, de este destierro!» Otras veces decia: «Ad te levavi oculos meos, etc. Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi, etc. Sí, espero ir, por la misericordia del Corazon Sagrado, á la casa del Señor.»

Pidió que rezasen en su presencia las letanias del Corazon adorable y las de la Santísima Virgen, para tenerlos propicios en el último instante, y ademas que invocasen por ella á su santo Fundador, su santo Angel y San José, pidiéndoles la asistiesen con su proteccion.

El amor de las humillaciones y el deseo de quedar sepultada en el eterno olvido de las criaturas, no se extinguió en su pecho hasta el último suspiro. Pocas horas ántes de su muerte hizo pro-

meter á su Superiora que jamás diria cosa alguna de las que confidencialmente le habia comunicado, si pudiera redundar en alabanza suya. Despues mandó llamar á una de las Hermanas que habia sido novicia suya, á la cual singularmente estimaba por su mucha virtud y le dijo: «Os suplico, mi querida Hermana, que escribais instantemente al P. Rolin, suplicándole que queme mis cartas y que me guarde inviolablemente el secreto como tantas veces se lo pedí.»

Una hora ántes de espirar hizo llamar á la Superiora, á quien habia prometido avisarla ántes de su muerte, y pidió la Extremauncion. Recibida, dió gracias por todo cuanto habian hecho para alivio de su mal, añadiendo que ya nada la hacia falta, y no la restaba otra cosa en el mundo, sino abismarse en el Sagrado Corazon de Jesus para exhalar en Él su último suspiro.

Permaneció despues algun tiempo en

suavísima calma, y pronunciando al fin el santo nombre de Jesús, rindió dulcemente su espíritu en un deliquio de aquel ardiente amor por Jesucristo, que desde la cuna habia echado ya tan profundas raíces en su alma. El mismo Dr. Billet no dudó en atribuir al amor esta muerte, como le habia atribuido las enfermedades de Margarita.

Murió esta predilecta del Sagrado Corazon el 17 de octubre de 1690, á los cuarenta y dos años de edad y diez y ocho de Profesion. Espiró á cosa de las ocho de la noche entre los brazos de dos Hermanas que habian sido novicias suyas, y á las cuales algunos años ántes se lo habia predicho. Se halló presente toda la Comunidad, que se habia reunido para leerla la recomendacion del alma, teniendo así juntamente con el dolor de perderla, el consuelo de ver cómo mueren los santos.

FIN



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
AL QUE LEYERE.....	5
I.—Favores con que Margarita María fué prevenida por Jesús en sus primeros años.	9
II.—Luchas y triunfos de Margarita María en su vocacion.	33
III.—Noviciado de Margarita . . .	67
IV.—Profesion.—Primeras manifestaciones del Corazon divino.	87
V.—La víctima preparada por el amor.	111
VI.—La inmolation.—El Director.	143
VII.—El testamento.—La devocion al Corazon de Jesús..	169
VIII.—Primeros honores tributados al Sagrado Corazon.—Suffrimentos y favores	191
IX.—Últimos años de Margarita..	213
X.—Santa muerte de Margarita María	239



